Calamar seis de la tarde. La ciudad se recorta entre el cielo y las aguas embravecidas del Magdalena. Pequeños focos alumbran la Calle de Albarrada, donde se vivió una odisea hace un mes. (Foto GCC).

'El país no se imagina cómo fue la catástrofe invernal'

(Viene de la Página 1ª)

...blos y caseríos que se le...ntan en las riberas del ...o. Hallamos millares de fa...milias arruinadas, con ham...bre, exiliadas en los sitios ...más altos, con epidemias. ...Muchas sin una camisa para cubrirse.

Están viviendo arrimadas ...en otros pueblos, o bajo ...tenas infelices que han im...provisado con hojas de pal...ma. En ellas acomodan al...gunos pocos trastos, animu...ales de corral y grupos gran...des de niños, amarillos como ...el cirio, afiebrados o deshi...dratados por el mal de es...tomago.

A lo largo se ven tramos ...inmensos cubiertos por ta...pido, un loto que se sostie...ne en la superficie del agua ...partes a sus tallos en forma ...de flotador, cadáveres de ga...nado, inflados y malolien...tes, grandes playones de ba...ro que comienzan a emer...ger a medida que el río va ...menguando. Fueron medidos al...gunos de ellos y tienen de ...dos a tres metros de alto, ...sobre el asiento de la ciéna...ga.

Según el Servicio de Hi...drología, la tragedia del Ba...jo Magdalena está represen...tada parcialmente por 472 ...kilómetros que separan a ...Gamarra de Barranquilla, en ...los cuales el río ha anega...do 5 kilómetros a lado y la...do de cada orilla, descar...gando —además de las ...aguas— capas gigantescas ...de barro que cubren, en los ...sitios bajos, hasta la mitad ...de la altura de las casas.

Detenidamente, visitamos más de 30 pueblos y caseríos, en los cuales no vimos al alcalde, ni al inspector de policía, ni al cura... En los más destrozados como Piñón, El Roble, Tocamocho, Yatí, una vez las gentes abandonaron sus viviendas, (llevando consigo lo primero que tuvieron a mano), bandas de hombres rompieron las puertas y ventanas con machetes e iniciaron una ola de vandalaje que culminó con el saqueo generalizado.

El promedio de cada familia en aquella zona es de 7 hijos, y sin excepción contaron que, hasta hoy, como única ayuda han recibido algunos pequeños mercados, que coinciden en decir "sólo alcanzaron para distraer la barriga dos días". Pero según los líderes en cada sitio, únicamente parte de la población se hizo merecedora de esta dádiva.

De la avenida del río se salvaron unos contados pueblos, que están defendidos por murallas tan fuertes como para que no fueran reventadas por la presión del caudal.

Aunque prácticamente todos levantaron desde hace varios años estas barricadas, la violencia del invierno fue tan grande que en la mayoría estas se destrozaron, dando paso a corrientes que hoy, más o menos un mes después, braman formando raudales, remolinos y un oleaje considerable en sus calles. Para penetrar en ellas nosotros utilizamos un bote con dos poderosos motores fuera de borda.

En los sitios secos, desde cualquier punto de la ciudad, y al otro lado de la muralla, puede verse el río 50 y 60 centímetros más alto que el piso de las calles por lo cual aún no ha pasado totalmente la tensión nerviosa de los pobladores, que por medio de centinelas nombrados por la ciudadanía vigilan día y noche en previsión de nuevas tragedias.

Pero si pocas zonas urbanas se salvaron, los campos quedaron indefensos. Por ejemplo, en Zambrano, pueblo que vive de la elaboración del tabaco, una industria casera que empleaba a 600 hombres, mujeres y niños, debía cerrar sus puertas, porque no hay materia prima para trabajar. La otra "fábrica", con 300 trabajadores, aún funciona pero solo a la mitad de su capacidad.

Según expertos de varios ministerios, "nunca se podrá establecer a ciencia cierta la magnitud del desastre", superior a todos los que conozca la historia del país en materia de inviernos.

Sin embargo, una mínima parte del testimonio recogido por nosotros en el Bajo Magdalena puede dar una idea de las dimensiones del siniestro:

En Nervití, a 130 kilómetros de Barranquilla, el cementerio estaba partido en dos y cinco pescadores dijeron que en los últimos 8 días han hallado cadáveres diseminados flotando sobre las ciénagas que formó el río. Se destruyeron 250 viviendas y hay aproximadamente 290 familias damnificadas y sin trabajo.

El Roble a 120 kilómetros de Barranquilla. Totalmente arrasada. Las gentes emigraron a otros sitios y está saqueado. Fue imposible lograr un cálculo del número de casas y fundos destruidos.

Tenerife, a 146 kilómetros. 130 casas destruidas en la parte baja del pueblo, lo que representa las dos terceras partes del casco urbano. 280 familias sin techo. Recibieron dos mercados por cada una hace un mes, y hasta el momento no ha sido visitado por ninguna autoridad.

San Luis, a 157 kilómetros. Corregimiento de Tenerife que está a 10 kilómetros de allí. Dos decenas de pescadores dicen que el pueblo se anegó desde el 26 de noviembre, pero que hasta hoy "ni siquiera el alcalde ha venido a ver que pasó con nosotros. Tampoco se han acercado la Defensa Civil ni la Cruz Roja". El río tiene en las primeras calles una altura de tres metros.

Plato, A 163 kilómetros. En su historia y según los pobladores, nunca había estado unido por agua con Zambrano, 5 kilómetros al frente, en la ribera oriental del río. La lámina de agua que cubre toda esta zona ha permitido, por su altura, que desde el puerto se vea el Cerro del Telón, que está al extremo contrario.

Zambrano, a 168 kilómetros de Barranquilla. La parte baja (un 80% del pueblo), se halla inundada y las viviendas con deterioros que obligan a construirlas nuevamente en su mayoría. Los habitantes viven en ranchos de palma, ubicados en el barrio Uno, Pelabolsillo, Zorra y el Alto de la Iglesia, sitios altos. Se calcula que 16.000 personas afrontan una grave situación de desempleo y epidemias como "la zaporrita" (gripe infecciosa) con fiebres, fríos, dolores estomacales y zarampión.

Según Rafael Pernet Martelo, Carlos Rojano del Valle y Ana Isabel Ortega, nombrados como voceros para hablar, las inundaciones comenzaron el 20 de noviembre y hasta hoy solo vino un barco que le dio un mercado, "teniendo en cuenta preferencias, a menos de la mitad de los damnificados. Hoy, como el río está alto, la pesca es muy deficiente y toda la gente está pasando hambre".

Tocamocho, a 203 kilómetros. Uno de los primeros en inundarse, el 8 de septiembre. Hay 312 casas averiadas o totalmente perdidas y el agua cubre aún las calles. El cálculo que hacen Eduardo Villalobos, Tomás Cabarca, Jesús Velásquez y Joaquín Acuña, es de 400 familias damnificadas. Según ellos, "luego de un discurso dejaron mercados para menos de la mitad de la población, lo que duró para una comida pequeña de todo el pueblo. Luego nadie más ha venido por aquí". Hay epidemias de la fiebre septicémica que ellos llaman en estas regiones "la saporrita" y diarreas severas en los niños.

Al frente, los cultivos de tabaco, yuca y maíz se han convertido en una gran laguna, de la que solo sobresalen la punta de algunos techos. Los voceros dicen que "el alcalde de este corregimiento está en Córdoba, pero no ha venido ni por el favor de Dios. Estuvo aquí pero cuando los comicios políticos, comprando cédulas. Se llama Ico Tomás Alvear y que diga lo contrario, que aquí todos podemos atestiguar lo mismo".

Pinto. Sobre el brazo Mompós del río Magdalena, está totalmente abandonado, entre una capa de barro de un metro y medio de alto y agua turbia. Entramos por lo que fue la calle principal, navegando a la altura de los techos. Los cables del alumbrado público y los focos de los postes prácticamente rozan nuestras cabezas. Las gentes emigraron para Zorra, poblado sobre una pequeña colina, a 800 metros más adentro. Allí la parte baja también sucumbió bajo las aguas. Las gentes de Pinto han hecho ranchos en puntas de terreno alto que les prestaron. Arturo López (4 hijos), Luis López (10 hijos), sus hermanos y padres, dicen que el único alimento que han recibido es la pesca, pero que como el río está muy frío y crecido, es escasa. En tres días habían bajado las aguas solo 5 centímetros. Según ellos, las brigadas de auxilio "repartieron unos pocos mercados, pero a la gente de Zorra y no a las familias damnificadas de Pinto". También allí hay epidemias. A la iglesia le robaron las puertas latesrales y entramos para hacer algunas fotos, en la canoa de Abraham Alfaro (14 años). El agua tiene allí un nivel de un metro 20 centímetros.

Santa Lucía. Corregimiento de Magangué, a 230 kilómetros de Barranquilla por el río. A pesar de estar anegado totalmente, una parte de la población abandonó sus casas. El resto les hizo dentro, tablados a un metro cincuenta de altura, tablados sobre los cuales colocaron los muebles. Sin embargo, el olor a barro descompuesto es intenso y viven allí básicamente las mujeres y los niños. Los hombres se han desplazado a las sabanas de Magangué a trabajar como peones en los cultivos de algodón. Según varias familias, el agua arrasó 600 cabuyas (unas 500 hectáreas) de cultivos y se perdieron, de otra parte, cerca de 150.000 matas de yuca. Fueron repartidos algunos mercados, "pero a los ancianos se les negaron. No daban sino de a uno a las familias con niños".

Yatí. A 233.9 kilómetros de Barranquilla y a solo 4 de Magangué, desde donde se ve perfectamente el corregimiento. Rafael Sandoval y Modesto Montecino, dicen que "a pesar de ser casi un barrio de Magangué no ha venido ni una autoridad para preguntar qué nos pasa. El pueblo se inundó el 24 de octubre y aún no bajan las aguas para más de la mitad de la población". Se calcula que unas 460 hectareas de cultivos, en la zona rural fueron arrasadas. Como en el resto de todos los poblados, Sandoval y Montecino, dicen: "Trajeron unos pocos mercados que no alcanzaron ni para la mitad de las familias perjudicadas. Pero necesitamos drogas y médicos, porque hay epidemias. Nadie ha venido a ayudarnos en ese sentido".

Desde este ángulo, tal vez el caso más patético es el de Zambrano, donde los habitantes por medio de los voceros Rafael Pernet y Carlos Rojano, "A pesar de estar aquí en el mismo pueblo, el alcalde ni siquiera ha venido a las zonas de destierro a preguntarnos qué nos pasa, ni qué tan grande fue la tragedia. Y eso que vive a 5 cuadras de aquí".

Todos estos testimonios fueron escuchados por nosotros en presencia del director del Departamento de Hidrometría del Servicio Colombiano de Hidrología, Mario Palacio Duque, y de los timoneles, de ese mismo organismo, Eduardo Hodwaker y Víctor López, a quienes EL TIEMPO agradece su ayuda.

...ítos de Nervití sobre el muro, construído —como en todos los poblados ribereños— para contener el río. Sin embargo éste lo rompió y sus aguas anegaron totalmente el pueblo. (Foto Germán Castro Caycedo).